

TRAYECTOS FORMATIVOS
PARA LA ACREDITACIÓN
DE APRENDIZAJES

4° y 5° año
Ciclo Orientado

Antología literaria para los trayectos formativos

Literatura y cine
La literatura
latinoamericana y
sus lenguas

LENGUA Y LITERATURA



Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación

María Soledad Acuña

Jefe de Gabinete

Manuel Vidal

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa

María Lucía Feced Abal

Subsecretario de Carrera Docente

Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretario de Tecnología Educativa y Sustentabilidad

Santiago Andrés

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

Subsecretaria de la Agencia de Aprendizaje a lo Largo de la Vida

Eugenia Cortona

**Directora Ejecutiva de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad
y Equidad Educativa**

Carolina Ruggero

Directora General de Educación de Gestión Privada

María Constanza Ortiz

Director General de Educación de Gestión Estatal

Fabián Capponi

Director General de Planeamiento Educativo

Javier Simón

Gerente Operativo de Currículum

Eugenio Visiconde

Dirección General de Planeamiento Educativo (DGPLEDU)

Gerencia Operativa de Currículum (GOC)

Eugenio Visiconde

Asesora técnico pedagógica: Marcela Marchesano.

Equipo de especialistas en didáctica del Nivel Secundario: Bettina Bregman (coordinación), Cecilia Bernardi, Daniel Gentile, Graciela López López, Marta Libedinsky, Adriana Vanin.

Especialistas en didáctica de Lengua y Literatura: Mariana D´Agostino (coordinación), Mariana Lila Rodríguez, Ludmila Vergini.

Selección de textos de Horacio Quiroga: Nazarena Molanes, Alan Quintero.

Asesoramiento sobre la lengua guaraní: Estefanía Baranger.

Grabaciones de poemas: Tatiana Nahuelcura (integrante del colectivo mapuche Txafkuleiñ), Víctor Acebo Musoj Mallku (profesor de lengua quechua), Alicia Aquino (Dolo Trenzadora, poeta bilingüe español-guaraní).

Equipo Editorial de Materiales y Contenidos Digitales (DGPLEDU)

Coordinación general: Silvia Saucedo.

Coordinación editorial: Marcos Alfonzo.

Asistencia editorial: Leticia Lobato.

Edición: Marta Lacour.

Diseño gráfico: Silvina Roveda.

ISBN: en trámite.

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción de este material para venta u otros fines comerciales.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Dirección General de Planeamiento Educativo/ Gerencia Operativa de Currículum, 2023. Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Fecha de consulta de imágenes, videos, textos y otros recursos digitales disponibles en internet: 15 de junio de 2023.

© Copyright © 2023 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados. Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

Índice



Eje 1. Literatura y cine

- **Sección 1.** El cine nos cuenta la literatura. Cortometraje *La ventana abierta*, de Lucila Las Heras **5**
- **Sección 2.** Literatura para llevar al cine. Relato “La ventana abierta”, de Saki..... **6**
- **Sección 3.** ¿Cómo escriben literatura los/as cineastas? Relato “Los hombres van a la guerra”, de Tomás Downey **10**
- **Sección 4.** Salir de la pantalla. Tráiler de *La rosa púrpura del Cairo*, de Woody Allen, y relato “El espectro”, de Horacio Quiroga..... **16**
- **Sección 5.** Vivir en una película. Tráiler de *El crítico*, de Hernán Guerschuny, y crónica “Cine de ultratumba”, de Horacio Quiroga..... **18**



Eje 2. La literatura latinoamericana y sus lenguas

- **Sección 6.** Poesías bilingües. Palabras propias. Poemas de Liliana Ancalao, Sandro Rodríguez y Dolo Trenzadora..... **26**
- **Sección 7.** Palabras ajenas. Relato “Aparato avisador”, de Claudia Ulloa Donoso..... **32**
- **Sección 8.** Vivir y escribir entre lenguas. Relato “Mi tocaya”, de Sandra Cisneros **34**



Eje 1. Literatura y cine

Sección 1. El cine nos cuenta la literatura

Cortometraje cinematográfico *La ventana abierta*

De Lucila Las Heras

Accedé al film haciendo clic en la imagen.



Sobre esta artista

Lucila Las Heras (Buenos Aires, 1980) es una escritora, guionista y directora audiovisual, egresada de la carrera de Diseño de Imagen y Sonido de la Universidad de Buenos Aires. Su cortometraje de ficción *La ventana abierta* ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales. Actualmente trabaja como guionista de televisión. En esa labor se destaca *Siesta Z*, una novedosa serie animada infantil cuyos episodios son adaptaciones de grandes clásicos de la literatura universal.



Sección 2. Literatura para llevar al cine

La ventana abierta

De Saki

—Mi tía ya baja, señor Nuttel —dijo, muy segura de sí misma la jovencita, de unos quince años—. Mientras tanto tendrá que conformarse con soportarme a mí.

Framton Nuttel hizo un esfuerzo por decir algo debidamente halagador para la sobrina y que a la vez también dejase debidamente a salvo los méritos de la tía que estaba a punto de bajar. Interiormente, dudaba cada vez más de que esas visitas de cortesía a una serie de totales desconocidos ayudaran a la cura de nervios que se suponía estaba empezando.

—Sé muy bien lo que va a pasar —le había dicho su hermana cuando él estaba en los preparativos de su retiro al campo—. Te enterrarás ahí y no hablarás con ser viviente y tus nervios se pondrán peores a causa de la depresión. Debería darte cartas de presentación para todos los que conozco allí. Si no recuerdo mal, hay gente de lo más agradable.

Framton se preguntaba si la señora Sappleton, a quien había ido a entregar una de esas cartas, estaría en el grupo de la gente agradable.

—¿Conoce a alguien por aquí? —preguntó la sobrina, cuando estimó que el silencio compartido ya era demasiado.

—Casi a nadie —dijo Framton—. Pero mi hermana estuvo aquí, ¿sabe? hace unos cuatro años, y me dio cartas de presentación para algunas personas.

Dijo esto en un tono de clara pesadumbre.

—Entonces, ¿no sabe prácticamente nada de mi tía? —continuó la jovencita segura de sí misma.

—Solo su nombre y su dirección —reconoció el visitante.

Framton se preguntó si la señora Sappleton sería casada o viuda. En la sala se notaba algo indefinible que hacía pensar en una presencia masculina.

—La gran tragedia de su vida ocurrió precisamente hoy, hace tres años —dijo la jovencita—. Debió pasar después que su hermana estuvo aquí.

—¿Tragedia? —preguntó Framton. La idea de tragedia le parecía fuera de lugar en aquel plácido rincón.

—Usted se debe preguntar por qué tenemos esa ventana abierta de par en par un atardecer de octubre —dijo la sobrina, señalando un amplio ventanal que daba al césped.

—Para ser esta época del año, casi hace calor —dijo Framton—, pero, ¿tiene algo que ver con la tragedia esa ventana?

—Hoy día se cumplen tres años desde que salieron por ahí, a pasar el día cazando, su marido y sus dos hermanos menores. No regresarían jamás.

Caminando hacia su lugar preferido para cazar pájaros, cruzaban el pantano cuando, de pronto, las aguas fangosas los devoraron a los tres. Había sido un verano espantosamente húmedo, y sitios que por años fueron seguros de repente se hundían sin avisar. Nunca encontraron sus cuerpos... Y eso fue lo peor de todo.

Al llegar a este punto, la voz de la muchacha perdió su aire de seguridad y se volvió temblorosamente humana.

—Mi pobre tía sigue creyendo que algún día volverán, los tres, con su pequeño perro castaño, que también desapareció con ellos. Y que entrarán por ahí, por esa ventana, tal como solían hacerlo. Por eso permanece abierta todas las tardes hasta que anochece por completo. ¡Pobre tía! Me ha contado tantas veces cómo se fueron: su marido, con el blanco impermeable al brazo, y Ronnie, el más pequeño de sus hermanos, cantando “Hermanita, ¿por qué te portas tan mal?”, para molestarla, como de costumbre, pues ella decía que no la soportaba. ¿Sabe...? A veces, en tardes quietas y serenas como esta, casi se me pone la piel de gallina pensando que en verdad puedan entrar los tres por esa ventana...

Medio estremecida, se interrumpió. Para Framton fue un alivio ver a la tía entrar en la habitación, deshecha en disculpas por su demora en bajar.

—Espero que Vera lo haya entretenido —dijo.

—Y de manera muy interesante —agregó Framton.

—Y espero que a usted no le moleste que tengamos esa ventana abierta —dijo la señora Sappleton, muy rápido—. Mis hermanos y mi marido vuelven de sus cacerías directamente a casa, y siempre entran por ahí. Hoy fueron a cazar pájaros en los pantanos, así que me van a dejar un lindo desastre en las alfombras. Algo muy de ustedes, los hombres, ¿no es verdad?

Continuó alegremente su charla sobre la caza y la escasez de aves, y las expectativas sobre los patos para el invierno. Framton hallaba todo eso simplemente siniestro. Hizo un desesperado intento, que solo en parte fue exitoso, por llevar la conversación hacia un tema menos horrible. Notaba que la señora Sappleton solo le prestaba atención a medias, y que sus ojos miraban por encima de él, hacia la ventana abierta y el césped de afuera. Vaya coincidencia nefasta la de haber ido a visitarla el mismo día del trágico aniversario.

—Los médicos están todos de acuerdo en recomendarme reposo absoluto, ausencia total de agitaciones mentales y por ningún motivo ejercicios físicos violentos —anunció Framton, quien, como muchas personas, creía erróneamente que todos los desconocidos y cualquiera que el azar nos presente, tienen un enorme interés por conocer hasta los menores detalles de nuestras enfermedades, así como su origen y tratamiento médico—. No coinciden tanto con respecto a la alimentación.

—¿No? —dijo la señora Sappleton, con una voz que solo al último instante logró disimular un bostezo. Luego, repentinamente alerta, puso atención... pero no a lo que decía Framton.

—¡Ahí están, por fin! —exclamó—. ¡Justo a tiempo para tomar el té! ¿Dime si no traen barro hasta en los ojos?

Framton se estremeció ligeramente y dirigió a la sobrina una mirada que quería ser de compasiva comprensión. La jovencita miraba hacia afuera, por la ventana abierta, con una aterrada turbación en los ojos. Estremecido por un impulso de inmenso pavor, Framton giró en su asiento y miró en la misma dirección que ellas.

En las crecientes sombras del crepúsculo, tres figuras avanzaban por el césped hacia la ventana. Las tres con escopetas bajo el brazo y una de ellas, además, con un impermeable blanco echado al hombro. Les pisaba los talones un exhausto perro color castaño. Se acercaron a la casa sin el menor ruido hasta que, de pronto, una voz juvenil y ronca elevó un canto en las tinieblas:

—“Dime, hermanita, ¿por qué te portas tan mal?”

Framton agarró violentamente su bastón y su sombrero. La puerta de entrada, el sendero de arena y la reja exterior fueron etapas que apenas notó en su resuelta retirada. Un ciclista que venía por el camino se tuvo que lanzar contra unas matas para evitar un choque inminente.

—Estamos de vuelta, cariño —dijo entrando por la ventana abierta el hombre del impermeable blanco—. Envueltos en barro, pero ya está medio seco. ¿Quién es ese que salió como un rayo cuando nos vio?

—...Un tipo bastante raro, un tal señor Nuttel —dijo la señora Sappleton—. No habla más que de sus enfermedades y, cuando ustedes llegaron, escapó sin una palabra de despedida o de excusa. Cualquiera diría que vio un fantasma.

—Debe haber sido por el perro —dijo tranquilamente la sobrina—. Me dijo que tiene pavor a los perros. Una vez, en la India, una jauría de perros salvajes lo persiguió por las orillas del Ganges hasta un cementerio. Tuvo que pasarse la noche en una fosa recién excavada, con todos los animales gruñéndole, mostrándole los dientes y echándole espuma por la boca. Eso debe de ser suficiente para que a cualquiera se le pongan los nervios de punta.

Improvisar historias era su especialidad.

Saki (Héctor Hugh Munro), en *Beasts and Superbeasts*. Londres: John Lane y The Bodly Head, 1914.
Traducido del inglés y adaptado con fines didácticos por Mariana D'Agostino
para el Ministerio de Educación de la Ciudad de Buenos Aires.

Sobre este autor

Saki (Héctor Hugh Munro) (Akyab, Birmania; 1870-1916) es un escritor británico que, desde sus primeras obras, utilizó el seudónimo Saki, apellido que tomó de un poema persa del siglo XII. Como dramaturgo escribió las obras de teatro *El insoportable Bassington*, *Al llegar Guillermo* y una parodia de *Alicia en el país de las maravillas* (*The Westminster Alice*, 1902). Entre sus trabajos narrativos más relevantes se encuentran *Cuentos de humor y de horror*, *Animales y más que animales* y *Las aventuras de Reginald*.



Sección 3. ¿Cómo escriben literatura los/as cineastas?

Los hombres van a la guerra

De Tomás Downey

A María

Las tardes ya no parecen tan largas. Josefina lee junto a la salamandra, casi se está bien con esa luz naranja, la ventana cubierta de nieve, la taza humeante. Todavía hay té. Aunque a veces cueste conseguirlo, es de esas cosas que parecen no acabarse nunca.

Ni siquiera la guerra es una amenaza. Los combates se fueron trasladando a las afueras, cada vez más lejos. Ya no caen bombas, nadie tiene que correr a los refugios, nadie gana ni pierde. Las noticias son confusas pero se transmiten con una calma diáfana. Una semana, los independientes ocupan un cuartel, fusilan generales, toman prisioneros. A la siguiente, los nacionalistas recuperan terreno, decapitan rivales y plantan sus cabezas en picas al costado del camino. Ya no importa quiénes o cuántos mueren, ni los detalles sangrientos. Todas las tardes pasan los carros cargados de cadáveres, los límites entre un cuerpo y otro confundidos.

También está el hambre. Pero siempre llegan cargamentos oficiales, o clandestinos. Y si no llegan hay reservas, latas o frascos que todos esconden por las requisas. Si hay escasez, siempre alguien invita para luego recibir cuando no tiene. Pero hasta esa solidaridad tiene un sabor rancio, la gente regala comida como si se la sacara de encima. Y los que no tienen la reciben sin haberla pedido, casi como una carga.

El timbre grave y apagado del teléfono la distrae, Josefina pierde el hilo del poema. Lo deja sonar pero finalmente se levanta. Escucha la voz entrecortada de Lena, la madre de Manuel, y luego una interferencia. La mitad de las antenas se derrumbaron en los bombardeos. Quedan algunos hierros retorcidos que se elevan al cielo y parecen monumentos.

¿Cómo estás?, pregunta Lena cuando la llamada conecta, ¿mejor? Josefina asiente. Pero mejor que cuándo, no lo sabe. Su propia voz le resulta extraña. Está acostumbrada al silencio, a hablarse a sí misma con gestos y a reconocerse en el espejo. A veces no sabe si está triste, cansada o aburrida, hasta que se mira y se ve la rigidez en la comisura de los labios, el ceño fruncido, el gesto ausente que tanto le gustaba a Manuel.

Te voy a visitar, dice Lena, conseguí almendras, nueces. Las traen del Norte, son buenas.

Tengo cosas que hacer, responde Josefina. No tiene ganas de ver a nadie, hablar la agota. Te llamo mañana, o pasado, dice cuando Lena insiste, guardame algunas, pero un puñado nada más, aprovechalas vos.

Está bien, responde Lena, la voz vibrando como un hilo tenso y delgado. En el silencio que sigue, Josefina adivina el llanto contenido, las mismas preguntas una y otra vez. ¿Cómo pudo haberle explotado en la mano? ¿Estaba fallada o no la tiró a tiempo? Y la más dolorosa, que tiene sus variantes pero es siempre la misma: ¿para qué se alistó?, ¿para qué se quedaron en la quebrada?, ¿para qué defendieron esa franja de tierra muerta que no le importa a nadie? Josefina odia esas preguntas, odia considerar la posibilidad de que todo pudiera haberse previsto.

Tengo que cortar, dice, e imagina a Lena asintiendo en silencio, los ojos húmedos.

Bueno, hablamos, responde Lena en voz baja después de unos segundos.

Josefina corta. Está molesta, consigo misma y con Lena. Siempre que hablan se queda pensando en la obstinación de Manuel, en esa voluntad de ir siempre hacia delante. Si hay trabajo, los hombres trabajan. Y si hay guerra van a morir, una y otra vez.

Josefina no quiere hablar del tema, no busca alivio. No le importa que no haya habido entierro, que el cuerpo volara en pedazos que nadie se molestó en juntar. La guerra no deja tiempo para esas minucias. Es así y conviene no pensar en los detalles. Mejor quedarse con ese dolor crudo, perpetuo pero soportable, como una cría enferma que requiere cuidados constantes. Mejor así, mejor tener en qué ocupar toda su atención, algo que la mantenga concentrada y que le impida mirar la destrucción que la rodea. Y que el tiempo pase, un día y luego el otro, que dé al menos la ilusión de que existe un futuro.

Josefina se estira hacia la pava, que se mantiene caliente sobre la salamandra. Se sirve más té, envuelve sus pies en la manta y retoma la lectura.

There we two, content, happy in being together, speaking little, perhaps not a word.

Relee la frase dos, tres veces. Entonces imagina que Manuel está a su lado, que ambos leen en silencio y que con solo levantar la cabeza podría sonreírle, extender un brazo y tocarlo. Pero no, repite para sí misma, y cierra el libro, mira la foto de Whitman en la portada. Desde que empezó la guerra, o desde que vieron que nunca iba a terminar, los ancianos comenzaron a dejarse la barba. Juraron no cortársela hasta que volviesen los hijos y los nietos que ya no van a volver. Josefina ve a Whitman en todos lados, los bigotes blancos teñidos de amarillo por el tabaco. Los sombreros que quizás se sientan como una protección, aunque ilusoria. Y otra vez imagina a Manuel, que se obstina en ser recordado. Lo ve envejecido, sentado en ese mismo sillón. Lo ve acariciar su barba y mirar el fuego como si estudiara los matices. El hombre sabio y atento que ya no va a ser.

Dos golpes en la puerta la hacen volver en sí. Josefina suspira con hastío y se levanta tras algunos segundos. Tiene las piernas entumecidas y espera a que la sangre circule otra vez. Escucha dos golpes más y la puerta, vieja y sólida, resuena con un eco grave.

Josefina abre y dos hombres de uniforme la saludan con gesto marcial, piden permiso. Ella se corre a un lado sin decir palabra, les señala la mesa. Los ve pasar y sentarse. Ve los distintivos, que parecen de alto rango. Tenientes, quizás.

Ofrece té y ellos niegan con la cabeza, agradecen, le piden que se siente. Ella observa la silla como se mira un objeto cuyo uso se desconoce. Estoy bien así, dice.

Los hombres se miran de reojo y uno de ellos, de mandíbula fuerte y ojos penetrantes, toma la palabra. Lamentamos traerle esta noticia. Su marido, el coronel Manuel Leighton, falleció en combate.

Josefina asiente, quizás sin escuchar. Está acostumbrada a los pésames. Los recibe con una sonrisa apenas insinuada y trata de quitarles importancia. Responde siempre con una mueca melancólica y resignada. Espera que el momento pase, y que nadie le hable más del tema. Necesita creer como sea que la muerte de Manuel es un dato entre tantos otros, sin mayor importancia. Murieron miles, todas las mujeres son viudas, todos los niños son huérfanos, y el invierno está por terminar, y hay que reparar los techos de las casas, y esta semana llegaron bananas al mercado. Hace cuánto no llegaban bananas.

Una granada detonó, dice el otro hombre, más flaco, rubio, de bigote. Fue en el combate de la quebrada, una posición estratégica que logramos tomar. Estamos ganando.

Esto era de él, dice el otro. Y apoya sobre la mesa un cuchillo con mango de caoba, con funda de cuero, que había sido del padre de Manuel. Josefina, por un momento, se emociona, recuerda a Manuel afilándolo. Pero reprime el llanto que siente en la garganta y desenfunda el cuchillo, levanta la hoja, observa la superficie pulida.

Es lo único que pudimos recuperar, dice el hombre rubio. Vinimos personalmente, explica el otro, por el rango y el valor de su marido; en nombre del movimiento le ofrecemos nuestro más sentido pésame.

Josefina asiente y los hombres se ponen de pie. Ella abre la puerta, mira hacia afuera. La nieve empieza a acumularse y el invierno se estira. Piensa en los soldados que marchan sobre la tierra congelada. Hay una imagen que no logra sacarse de la cabeza. Se la relató Manuel en una carta, con demasiada precisión. Un soldado se quedó dormido, recostado contra la pared de la trinchera. Durante la noche heló. Lo encontraron por los gritos, con un brazo adherido al barro congelado. Tuvieron que amputarlo a la altura del hombro.

Josefina se pregunta si los dos que la visitan vendrán del frente o si serán burócratas. ¿Habrán peleado junto a Manuel? ¿Lo habrán visto matar enemigos? ¿Lo habrán visto morir? Esa idea vuelve a perturbarla, el momento anterior al estallido. Imagina la expresión de Manuel, ¿cuánto habrá durado para él ese instante?

Estoy bien, gracias, responde Josefina. Y los dos tenientes se quedan un momento más, mirándola como si el ritual hubiese quedado trunco y aún faltase algo. Quizás esperaban que llorara y fueron preparados para contenerla,

para poner una mano firme sobre su hombro y repetir que el coronel Leighton fue un héroe, que murió por la causa, que no será en vano.

Pero ella no espera nada y los hombres, desilusionados, salen al frío. Josefina cierra la puerta, deja el cuchillo en el último cajón de la cocina. Después se sirve té, se sienta y abre su libro, relee la última línea.

Perhaps not a word.

Deja de nevar y sale el sol, las calles se cubren de barro. Luego cae otra helada y el barro se congela. Lena se resbala volviendo del mercado y queda en cama con dos costillas fisuradas. Llama más seguido, conseguir analgésicos es casi imposible y dice que hablar la distrae del dolor. Pide que Josefina vaya a visitarla, hay un álbum de fotos de Manuel que nunca le mostró.

Ella promete ir pero sabe que no lo va a hacer. Los recuerdos, demasiado intensos, la agotan. Por más que trate de pensar en otra cosa, cada vez que cierra los ojos la cara de Manuel se le aparece con una nitidez irreal.

Las ráfagas heladas llegan a los cincuenta kilómetros por hora. Las ventanas tiemblan. La despensa está llena y Josefina apenas come. Queda leña para un tiempo y hay té, libros para leer, libros para releer.

Durante la noche hizo más frío que de costumbre y la casa no llega a calentarse. Josefina alimenta el fuego, mira por la ventana. Los árboles, secos y congelados, parecen de piedra. Un auto se detiene frente a la puerta. Bajan dos hombres de uniforme y se acercan a la casa. Se escuchan dos golpes en la puerta. Ella no se mueve. Al minuto golpean de nuevo. Uno de los hombres, morocho y alto, se acerca a la ventana empañada. Su cara es una mancha. Josefina pasa una mano por el vidrio, lo mira a los ojos. Los del hombre son verdes, con manchas oscuras, como los de Manuel. Los distintivos parecen de alto rango. Tenientes, quizás.

Abre la puerta y los hombres piden permiso. Antes de entrar, golpean las botas contra el marco para quitarles la nieve sucia. Ella les señala la mesa y los tenientes pasan, se sientan.

Esperamos no interrumpir, dice el más joven, de la edad de Manuel. La chaqueta parece vieja y se le notan los remiendos. Lena le contó que reutilizan los uniformes de los muertos. La guerra es cara y pasó demasiado tiempo, no tiene sentido confeccionar nuevos.

La frase del hombre queda inconclusa, quizás porque Josefina parece no estar escuchándolo. El otro, el de ojos verdes, carraspea. Ella lo mira. Lamentamos traerle esta noticia, dice, pero el coronel Manuel Leighton, su marido...

Josefina asiente. Ya lo sé, gracias, no necesito nada. Los hombres parecen confundidos, se miran. Ella camina hacia la puerta, pero ellos no se levantan. También está esto, dice el más joven, y saca un cuchillo con mango de caoba, dentro de una funda de cuero. El hombre extiende la mano pero Josefina no se mueve. El cuchillo queda sobre la mesa.

Gracias, repite ella. Los hombres entienden y se ponen de pie. Uno dice algo sobre la batalla de la quebrada, que están ganando. El otro agrega que era una posición estratégica. Pero Josefina no escucha, mira hacia afuera. El viento empuja los copos de nieve. Los hombres se acercan a la puerta y antes de salir saludan con un gesto respetuoso. Estamos a su disposición, dice uno de ellos, o quizás ambos a la vez.

Josefina cierra y va hacia la mesa, observa el cuchillo. Recién después de un minuto se atreve a tocarlo. Lo sostiene en una mano y la sorprende que sea tan pesado, el frío del mango en sus dedos. Abre el último cajón de la cocina y lo deja.

Agrega un leño en la salamandra, se queda mirando el fuego un momento. Después se sienta, se sirve té, abre un libro.

Las fisuras de Lena tardan en sanar, quizás porque no se queda quieta, porque está sola y tiene que levantarse de la cama sí o sí. Josefina decide salir a visitarla. Los cráteres que dejaron las bombas la obligan a tomar varios rodeos por zonas que no conoce bien y que han cambiado. Camina por las calles desiertas sintiéndose extranjera, mirando los edificios en ruinas, los ambientes como decorados en un escenario. Un baño sin la cuarta pared, una habitación en un tercer piso con un estante lleno de muñecos.

En lo de Lena miran las fotos y comen nueces. Manuel a los doce años corriendo por un parque soleado, a punto de patear una pelota, sonriendo y señalando el agujero donde estuvo su último diente de leche.

Si hubiesen tenido..., dice Lena, y el hilo de su voz se corta. Josefina le toma la mano, los dedos largos, huesudos.

Es así, quiere decirle, ya no está, pero no lo dice porque teme estar hablándose a sí misma. Entonces dice otra cosa, algo que no recuerda haber pensado y que le surge con la espontaneidad de una epifanía: Manuel ahora es una idea. Sigue acá, como estas fotos, no se va a ir nunca.

Lena sonrío con los ojos húmedos, asiente.

En el mercado sigue habiendo bananas, pero ya no son novedad. Josefina duerme en el sillón y la despiertan dos golpes en la puerta. Suenan de nuevo, y otra vez.

Lamentamos interrumpirla, dice uno de los hombres. Tiene una cicatriz que le cruza la boca, ambos labios. El otro también. Josefina los mira. Parecen idénticos, pero a la vez no. Ambos, a su modo, le recuerdan a Manuel. La postura, ciertos gestos, la línea de la mandíbula. Tal vez sean los uniformes, los distintivos, el aire marcial.

Josefina camina hasta la mesa y señala las sillas. Los hombres se sientan. Uno de ellos saca un cuchillo con mango de caoba y funda de cuero. Parecen cansados, como si esta visita fuese una entre muchas que les toca hacer el mismo día. Josefina los deja hablar: la quebrada, una posición estratégica, el accidente. Cuando terminan agradece. Los hombres se van y ella agarra el cuchillo, lo deja en el último cajón de la cocina y por primera vez piensa en contarlos. Se sienta en el piso y saca uno por uno. En algún momento nota que está llorando, se pierde, empieza de nuevo.

Tomás Downey, en *El lugar donde mueren los pájaros*. Buenos Aires: Fiordo, 2017.

Sobre este autor

Tomás Downey (Buenos Aires, 1984) es un escritor, traductor y guionista, egresado de la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica (ENERC). Hasta el momento, ha publicado los libros de relatos *Acá el tiempo es otra cosa*, *El lugar donde mueren los pájaros* y *Flores que se abren de noche*. Sus relatos han sido premiados y reconocidos en distintos concursos y convocatorias para escritores/as de habla hispana, entre ellos, el primer premio del concurso de Letras del Fondo Nacional de las Artes.



Sección 4. Salir de la pantalla

Parte A

Tráiler de la película *La rosa púrpura del Cairo*

De Woody Allen

Accedé al tráiler haciendo clic en la imagen. Una vez que entres en el sitio, lo encontrarás en la parte denominada “Tráileres” sobre el margen izquierdo.



Sobre este autor

Woody Allen (Nueva York, 1935) es un actor, guionista y director de cine estadounidense. Ha filmado numerosas películas, entre las cuales se encuentran *Manhattan*, *Hannah y sus hermanas*, *Annie Hall*, *Días de radio* y *Los secretos de Harry*. Las obras de sus últimos años son *La rueda de la maravilla*, *Día de lluvia en Nueva York* y *El festival de Rifkin*.



Parte B

El espectro

De Horacio Quiroga

Todas las noches, en el Grand Splendid de Santa Fe, Enid y yo asistimos a los estrenos cinematográficos. Ni borrascas ni noches de hielo nos han impedido introducirnos, a las diez en punto, en la tibia penumbra del cine. Allí, desde uno u otro palco, seguimos las historias del film con un mutismo y un interés tales, que podrían llamar sobre nosotros la atención, de ser otras las circunstancias en que actuamos.

Desde uno u otro palco, he dicho; pues su ubicación nos es indiferente. Y aunque la misma localidad llegue a faltarnos alguna noche por estar el Splendid en pleno, nos instalamos, mudos y atentos siempre a la representación, en un palco cualquiera ya ocupado.

No estorbamos, creo; o por lo menos de un modo sensible. Desde el fondo del palco, o entre la chica del antepecho y el novio adherido a su nuca, Enid y yo, aparte del mundo que nos rodea, somos todos ojos hacia la pantalla. Y si en verdad alguno, con escalofríos de inquietud cuyo origen no alcanza a comprender, vuelve a veces la cabeza para ver lo que no puede, o siente un soplo helado que no se explica en la cálida atmósfera, nuestra presencia de intrusos no es nunca notada; pues preciso es advertir ahora que Enid y yo estamos muertos.

De todas las mujeres que conocí en el mundo vivo, ninguna produjo en mí el efecto que Enid. La impresión fue tan fuerte que la imagen y el recuerdo mismo de todas las demás mujeres se borró. En mi alma se hizo de noche, donde se alzó un solo astro imperecedero: Enid. La sola posibilidad de que sus ojos llegaran a mirarme sin indiferencia, me detenía bruscamente el corazón. Y ante la idea de que alguna vez podía ser mía, la mandíbula me temblaba ¡Enid!

Tenía ella entonces, cuando vivíamos en el mundo, la más divina belleza que la epopeya del cine ha lanzado a miles de leguas y expuesto a la mirada fija de los hombres. Sus ojos, sobre todo, fueron únicos; y jamás terciopelo de mirada tuvo un marco de pestañas como los ojos de Enid; terciopelo azul, húmedo y reposado, como la felicidad que sollozaba en ellos.

La desdicha me puso ante ella cuando ya estaba casada.

No es ahora del caso ocultar nombres. Todos recuerdan a Duncan Wyoming, el extraordinario actor que, comenzando su carrera al mismo tiempo que William Hart, tuvo, como este y a la par de este, las mismas hondas virtudes de interpretación viril. Hart ha dado ya al cine todo lo que podíamos esperar de él, y es un astro que cae. De Wyoming, en cambio, no sabemos lo que

podíamos haber visto, cuando apenas en el comienzo de su breve y fantástica carrera creó —como contraste con el empalagoso héroe actual— el tipo del varón rudo, áspero, feo, negligente y cuanto se quiera, pero hombre de la cabeza a los pies, por la sobriedad, el empuje y el carácter distintivos del sexo.

Hart prosiguió actuando, y ya lo hemos visto. Wyoming nos fue arrebatado en la flor de la edad, en instantes en que daba fin a dos cintas extraordinarias, según informes de la empresa: *El páramo* y *Más allá de lo que se ve*.

Pero el encanto —la absorción de todos los sentimientos de un hombre— que ejerció sobre mí Enid, no tuvo sino una amargura: Wyoming, que era su marido, era también mi mejor amigo.

Habíamos pasado dos años sin vernos con Duncan; él, ocupado en sus trabajos de cine, y yo en los míos de literatura. Cuando volví a hallarlo en Hollywood, ya estaba casado.

—Aquí tienes a mi mujer—me dijo echándomela en los brazos.

Y a ella:

—Apriétalo bien, porque no tendrás un amigo como Grant. Y bésalo, si quieres.

No me besó, pero al contacto con su melena en mi cuello, sentí en el escalofrío de todos mis nervios que jamás podría yo ser un hermano para aquella mujer.

Vivimos dos meses los tres juntos en el Canadá, y no es difícil comprender mi estado de alma respecto de Enid. Pero ni en una palabra, ni en un movimiento, ni un gesto me vendí ante Wyoming. Sólo ella leía en mi mirada, por tranquila que fuera, cuán profundamente la deseaba.

Amor, deseo... Una y otra cosa eran en mí gemelas, agudas y mezcladas; porque si la deseaba con todas las fuerzas de mi alma incorpórea, la adoraba con todo el torrente de mi sangre substancial.

Duncan no lo veía. ¿Cómo podía verlo?

A la entrada del invierno regresamos a Hollywood, y Wyoming cayó entonces con el ataque de gripe que debía costarle la vida. Dejaba a su viuda con fortuna y sin hijos. Pero no estaba tranquilo, por la soledad en que quedaba su mujer.

—No es la situación económica —me decía—, sino el desamparo moral. Y en este infierno del cine...

En el momento de morir, bajándonos a su mujer y a mí hasta la almohada, y con voz ya difícil:

—Confíate a Grant, Enid... Mientras lo tengas a él, no temas nada. Y tú, viejo amigo, vela por ella. Sé su hermano... No, no prometas... Ahora puedo ya pasar al otro lado...

Nada de nuevo en el dolor de Enid y el mío. A los siete días regresábamos al Canadá, a la misma choza estival que un mes antes nos había visto a los tres cenar ante la carpa. Como entonces, Enid miraba ahora el fuego, achuchada por el sereno glacial, mientras yo, de pie, la contemplaba. Y Duncan no estaba más.

Debo decirlo: en la muerte de Wyoming yo no vi sino la liberación de la terrible águila enjaulada en nuestro corazón, que es el deseo de una mujer a nuestro lado que no se puede tocar. Yo había sido el mejor amigo de Wyoming, y mientras él vivió el águila no deseó su sangre; se alimentó —la alimenté— con la mía propia. Pero entre él y yo se había levantado algo más consistente que una sombra. Su mujer fue, mientras él vivió —y lo hubiera sido eternamente—, intangible para mí. Pero él había muerto. No podía Wyoming exigirme el sacrificio de la Vida en que él acababa de fracasar. Y Enid era mi vida, mi porvenir, mi aliento y mi ansia de vivir que nadie, ni Duncan—mi amigo íntimo, pero muerto—, podía negarme. *Vela por ella...* ¡Sí, pero dándole lo que él le había restado al perder su turno: la adoración de una vida entera consagrada a ella!

Durante dos meses, a su lado de día y de noche, velé por ella como un hermano. Pero al tercero caí a sus pies.

Enid me miró inmóvil, y seguramente subieron a su memoria los últimos instantes de Wyoming, porque me rechazó violentamente. Pero yo no quité la cabeza de su falda.

—Te amo, Enid—le dije—. Sin ti me muero...

—¡Tú, Guillermo! —murmuró ella—. ¡Es horrible oírte decir esto!

—Todo lo que quieras —repliqué—. Pero te amo inmensamente.

—¡Cállate, cállate!

—Y te he amado siempre... Ya lo sabes.

—¡No, no sé!

—Sí, lo sabes.

Enid me apartaba siempre, y yo resistía con la cabeza entre sus rodillas.

—Dime que lo sabías...

—¡No, cállate! Estamos profanando...

—Dime que lo sabías...

—¡Guillermo!

—Dime solamente que sabías que siempre te he querido...

Sus brazos se rindieron cansados, y yo levanté la cabeza. Encontré sus ojos un instante, un solo instante, antes que Enid se doblegara a llorar sobre sus propias rodillas.

La dejé sola; y cuando una hora después volví a entrar, blanco de nieve, nadie hubiera sospechado, al ver nuestro simulado y tranquilo afecto de todos los días, que acabábamos de tender, hasta hacerlas sangrar, las cuerdas de nuestros corazones.

Porque en la alianza de Enid y Wyoming no había habido nunca amor. Le faltó siempre una llamarada de insensatez, extravío, injusticia, la llama de pasión que quema la moral entera de un hombre y abrasa a la mujer en largos sollozos de fuego. Enid había querido a su esposo, nada más; y lo había querido, nada más que querido ante mí, que era la cálida sombra de su corazón, donde ardía

lo que no le llegaba de Wyoming, y donde ella sabía iba a refugiarse todo lo que de ella no alcanzaba hasta él.

La muerte, luego, dejando un hueco que yo debía llenar con el afecto de un hermano... ¡De hermano, a ella, Enid, que era mi sola sed de dicha en el inmenso mundo!

(...)

Regresamos a Hollywood. Cuatro meses justos, ciento veinte días transcurridos apenas desde la muerte del hombre que ella amó, del amigo que me había interpuesto como un velo protector entre su mujer y un nuevo amor...

Abrevio. Tan hondo y compenetrado fue el nuestro, que aun hoy me pregunto con asombro qué finalidad absurda pudieron haber tenido nuestras vidas, de no habernos encontrado por bajo de los brazos de Wyoming.

Una noche —estábamos en Nueva York—me enteré de que se pasaba por fin *El páramo*, una de las dos cintas de que he hablado, y cuyo estreno se esperaba con ansiedad. Yo también tenía el más vivo interés de verla, y se lo propuse a Enid. ¿Por qué no?

Un largo rato nos miramos; una eternidad de silencio durante el cual el recuerdo galopó hacia atrás entre derrumbamiento de nieve y caras agónicas. Pero la mirada de Enid era la vida misma, y presto entre el terciopelo húmedo de sus ojos y los míos no medió sino la dicha convulsiva de adorarnos. ¡Y nada más!

Fuimos al Metropole, y desde la penumbra rojiza del palco vimos aparecer, enorme y con el rostro más blanco que a la hora de morir, a Duncan Wyoming. Sentí temblar bajo mi mano el brazo de Enid.

¡Duncan!

Sus mismos gestos eran aquellos. Su misma sonrisa confiada era la de sus labios. Era su misma enérgica figura la que se deslizaba adherida a la pantalla. Y a veinte metros de él, era su misma mujer la que estaba bajo los dedos del amigo íntimo...

Mientras la sala estuvo a oscuras, ni Enid ni yo pronunciamos una palabra ni dejamos un instante de mirar. Y mudos siempre, volvimos a casa. Pero allí Enid me tomó la cara entre las manos. Largas lágrimas rodaban por sus mejillas, y me sonreía. Me sonreía sin tratar de ocultarme sus lágrimas.

—Sí, comprendo, amor mío... —murmuré con los labios sobre un extremo de sus pieles, que siendo un oscuro detalle de su traje, era asimismo toda su persona idolatrada—. Comprendo, pero no nos rindamos... ¿Sí?... Así olvidaremos...

Por toda respuesta, Enid, sonriéndome siempre, se recogió muda en mi cuello.

A la noche siguiente volvimos. ¿Qué debíamos olvidar? La presencia del otro, vibrante en el haz de luz que lo transportaba a la pantalla palpitante de vida; su inconsciencia de la situación; su *confianza* en la mujer y el amigo; esto era precisamente a lo que debíamos acostumbrarnos. Una y otra noche, siempre atentos a los personajes, asistimos al éxito creciente de *El páramo*.

La actuación de Wyoming era sobresaliente, y se desarrollaba en un drama de brutal energía: una pequeña parte en los bosques del Canadá, y el resto en la misma Nueva York. La situación central la constituía una escena en que Wyoming, herido en la lucha con un hombre, tiene bruscamente la revelación del amor de su mujer a ese hombre, a quien él acaba de matar por motivos apartes de este amor. Wyoming acababa de atarse un pañuelo a la frente. Y tendido en el diván, jadeando aún de fatiga, asistía a la desesperación de su mujer sobre el cadáver del amante.

Pocas veces la revelación del derrumbe, la desolación y el odio han subido al rostro humano con más violenta claridad que en esa circunstancia a los ojos de Wyoming.

Enid y yo, juntos e inmóviles en la oscuridad, admirábamos como nadie al muerto amigo, cuyas pestañas nos tocaban casi cuando Wyoming venía desde el fondo a llenar él solo la pantalla. Y al alejarse de nuevo a la escena del conjunto, la sala entera parecía estirarse en perspectiva. Y Enid y yo, con un ligero vértigo por este juego, sentíamos aun el roce de los cabellos de Duncan que habían llegado a rozarnos. ¿Por qué continuábamos yendo al Metropole? ¿Qué desviación de nuestras conciencias nos llevaba allá noche a noche a empapar en sangre nuestro amor immaculado? ¿Qué presagio nos arrastraba como a sonámbulos ante una acusación alucinante que no se dirigía a nosotros, puesto que los ojos de Wyoming estaban vueltos a otro lado?

¿A dónde miraban? No sé a dónde, a un palco cualquiera de nuestra izquierda. Pero una noche noté, lo sentí en la raíz de los cabellos, que los ojos se estaban volviendo hacia nosotros. Enid debió de notarlo también, porque sentí bajo mi mano la honda sacudida de sus hombros.

Hay leyes naturales, principios físicos que nos enseñan cuán fría magia es esa de los espectros fotográficos danzando en la pantalla, remedando hasta en los más íntimos detalles una vida que se perdió. Esa alucinación en blanco y negro es sólo la persistencia helada de un instante, el relieve inmutable de un segundo vital. Más fácil nos sería ver a nuestro lado a un muerto que deja la tumba para acompañarnos que percibir el más leve cambio en el rastro lívido de un film.

(...)

Wyoming, Enid y yo. La escena filmada vivía flagrante, pero no en la pantalla, sino en un palco, donde nuestro amor sin culpa se transformaba en monstruosa infidelidad ante el marido *vivo*...

¿Farsa de actor? ¿Odio fingido por Duncan ante aquel cuadro de *El páramo*?

¡No! Allí estaba la brutal revelación; la tierna esposa y el amigo íntimo en la sala de espectáculos, riéndose, con las cabezas juntas, de la confianza depositada en ellos... Pero no nos reíamos, porque noche a noche, palco tras palco, la mirada se iba volviendo cada vez más a nosotros.

—¡Falta un poco aún!... —me decía yo.

—Mañana será... —pensaba Enid.

(...)

A mil leguas de Nueva York, encajonado bajo tierra, estaba tendido sin ojos Duncan Wyoming. Pero su sorpresa ante el frenético olvido de Enid, su ira y su venganza estaban vivas allí, encendiendo el rastro químico de Wyoming, moviéndose en sus ojos vivos que acababan por fin de fijarse en los nuestros.

Enid ahogó un grito y se abrazó desesperada a mí.

—¡Guillermo!

—Cállate, por favor...

—¡Es que ahora acaba de bajar una pierna del diván!

Sentí que la piel de la espalda se me erizaba, y miré: con lentitud de fiera y los ojos clavados en nosotros, Wyoming se incorporaba del diván. Enid y yo lo vimos levantarse, avanzar hacia nosotros desde el fondo de la escena, llegar al monstruoso primer plano... Un fulgor deslumbrante nos cegó, a tiempo que Enid lanzaba un grito.

La cinta acababa de quemarse.

Sin embargo, en la sala iluminada las cabezas todas estaban vueltas a nosotros. Algunos se incorporaron en el asiento a ver lo que pasaba.

—La señora está enferma; parece una muerta—dijo alguno en la platea.

—Más muerto parece él—agregó otro.

El acomodador nos tendía ya los abrigos y salimos.

¿Qué más? Nada, sino que en todo el día siguiente Enid y yo no nos vimos. Únicamente al mirarnos por primera vez de noche para dirigirnos al Metropole, Enid tenía ya en sus pupilas profundas la tiniebla del más allá, y yo tenía un revólver en el bolsillo.

No sé si alguno en la sala reconoció en nosotros a los enfermos de la noche anterior. La luz se apagó, se encendió y tornó a apagarse, sin que lograra reposarse una sola idea normal en el cerebro de Guillermo Grant, y sin que los dedos crispados de este hombre abandonaran un instante el gatillo.

(...)

Yo lo vi adelantarse, crecer, llegar al borde mismo de la pantalla, sin apartar la mirada de la mía. Lo vi desprenderse, venir hacia nosotros en el haz de luz, venir en el aire por sobre las cabezas de la platea, alzándose, llegar hasta nosotros con la cabeza vendada. Lo vi extender las zarpas de sus dedos... al tiempo que Enid lanzaba un horrible alarido, de esos en que con una cuerda vocal se ha rasgado la razón entera, e hice fuego.

No puedo decir qué pasó en el primer instante. Pero en pos de los primeros momentos de confusión y de humo, me vi con el cuerpo colgado fuera del antepecho, muerto.

Desde el instante en que Wyoming se había incorporado en el diván, dirigí el cañón del revólver a su cabeza. Lo recuerdo con toda nitidez. Y era yo quien había recibido la bala en la sien.

Estoy completamente seguro de que quise dirigir el arma contra Duncan.

Solamente que, creyendo apuntar al asesino, en realidad apuntaba contra mí mismo. Fue un error, una simple equivocación, nada más; pero que me costó la vida.

Tres días después Enid quedaba a su vez desalojada de este mundo. Y aquí concluye nuestro idilio.

Pero no ha concluido aún. No son suficientes un tiro y un espectro para desvanecer un amor como el nuestro. Más allá de la muerte, de la vida y sus rencores, Enid y yo nos hemos encontrado. Invisibles dentro del mundo vivo, Enid y yo estamos siempre juntos, esperando el anuncio de otro estreno cinematográfico. Hemos recorrido el mundo. Todo es posible esperar menos que el más leve incidente de un film pase inadvertido a nuestros ojos. No hemos vuelto a ver más *El páramo*. La actuación de Wyoming en él no puede ya depararnos sorpresas, fuera de las que tan dolorosamente pagamos.

Ahora nuestra esperanza está puesta en *Más allá de lo que se ve*. Desde hace siete años la empresa filmadora anuncia su estreno, y hace siete años que Enid y yo esperamos. Duncan es su protagonista; pero no estaremos más en el palco, por lo menos en las condiciones en que fuimos vencidos. En las presentes circunstancias, Duncan puede cometer un error que nos permita entrar de nuevo en el mundo visible, del mismo modo que nuestras personas vivas, hace siete años, le permitieron animar la helada lámina de su film.

Enid y yo ocupamos ahora, en la niebla invisible de lo incorpóreo, el sitio privilegiado de acecho que fue toda la fuerza de Wyoming en el drama anterior. Si sus celos persisten todavía, si se equivoca al vernos y hace en la tumba el menor movimiento hacia afuera, nosotros nos aprovecharemos. La cortina que separa la vida de la muerte no se ha descorrido únicamente en su favor, y el camino está entreabierto.

(...)

Dentro de un mes o de un año, ello llegará. Solo nos inquieta la posibilidad de que *Más allá de lo que se ve* se estrene bajo otro nombre, como es costumbre en esta ciudad. Para evitarlo, no perdemos un estreno. Noche a noche entramos a las diez en punto en el Grand Splendid, donde nos instalamos en un palco vacío o ya ocupado, indiferentemente.

Horacio Quiroga, en *Cuentos completos*. Buenos Aires, Seix Barral: 2022. Publicado por primera vez en 1924. Texto adaptado con fines didácticos.

Sobre este autor

Horacio Quiroga (Salto, Uruguay; 1878-1937) es un escritor que vivió en Montevideo, pero cuya vida y carrera literaria transcurrieron principalmente en la Argentina, donde se publicaron la mayoría de sus libros. Entre sus obras más conocidas se encuentran *Cuentos de amor de locura y de muerte*, *Cuentos de la selva*, *Anaconda* y *Los desterrados*. Ha escrito numerosas y célebres críticas periodísticas sobre el cine de su época.



Sección 5. Vivir en una película

Parte A

Tráiler de la película *El crítico*

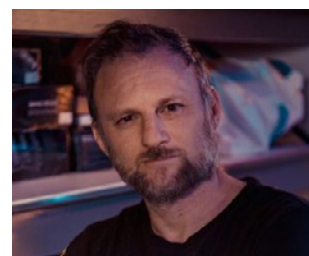
De Hernán Guerschuny

Accedé al tráiler haciendo clic en la imagen. Una vez que entres en el sitio, hacé clic en “Ver tráiler” (se encuentra en el margen izquierdo de la página web).



Sobre este artista

Hernán Guerschuny (Buenos Aires, 1973) es un productor, director y crítico de cine argentino. Ha fundado y dirigido la revista *Haciendo cine*. Como director de largometrajes ha filmado *Una noche de amor* y *Recreo*. También ha dirigido las series *Casi feliz*, *Días de gallos* y *Nahir: la historia desconocida*.



Parte B

Cine de ultratumba

De Horacio Quiroga

Tres son las primeras figuras de la película *Puro corazón* dirigida por David Griffith: Lilian Gish, Clarine Seymour y Roberto Harron. Como a la luz del día, corren por la eléctrica pantalla, tan vivas, tan del momento, que por poco que extendieran los labios o las manos, alcanzarían a tocarnos. Viven realmente en ese instante. No son ellos fotografías de ropero o de vetusto álbum de familia: se ríen, se desvisten, se abrazan con la intensidad carnal de la vida misma, pues Clarine y Harron se abrazaron de verdad y prosiguen haciéndolo a despecho de la ilusión fotográfica.

Y he aquí que Roberto Harron y Clarine Seymour, unidos en este instante mismo por un beso de amor, están muertos. Ahora, mientras los vemos correr y desternillarse de risa, hace tiempo que murieron.

Si no recordamos mal, la actriz Clarine Seymour falleció en los últimos meses de 1920, a consecuencia de una operación. Meses más tarde el actor Roberto Harron se mató accidentalmente con un revólver en un cuarto de hotel. Dos circunstancias, pues, sin trascendencia particular en la historia del mundo, que alejaron de la vida por un tiempo infinito a dos personas sin mayores dotes, a lo que creemos, si se descuenta su virtud de actores. Y aparentemente, parecería que nosotros no volveríamos a saber nada de ellos, ni mucho menos que ellos continuaran aún deslizándose en este mundo.

Porque es realmente curiosa la persistencia de los muertos del cine en sobrevivirse. Roberto y Clarine pueden estar bien muertos y tranquilos, descansados por fin en sendas cajas de metal, y a quinientas leguas una de la otra distantes.

Tal vez no simpatizaron en vida, y en su tránsito ciego y fatal por el mundo de los vivos, aquella farsa de *Puro corazón* fue una de las tantas que se cometen ante el objetivo, con el ansia de concluir de una vez.

Pero si Clarine y Harron se amaron, y lo que la máquina registró como accidental metraje de filme fue su pasión misma, deben de estar satisfechos de su antiguo amor, en la desnudez eterna de sus esqueletos. A través de la caja, de la tierra, del más allá del tenebroso misterio, los amantes se encuentran noche a noche, vívidos y flagrantes ante la electricidad. Adheridos así a la vida sobre una lámina helada, nada saben de la muerte, ni de las ocultas cajas de zinc, ni de la apendicitis y un tiro en el corazón. Espectrales como la pantalla misma, como la sala oscura y nuestro silencio, persisten en correr, en reír, en abrazarse, tal como lo hicieron una vez —y para siempre— en *Puro corazón*.

Horacio Quiroga, en “La pendiente de Griffith. *Puro corazón*”, *Revista Atlántida*, Nro. 238, 26 de octubre de 1922. Texto adaptado con fines didácticos.

Sobre este autor

Horacio Quiroga (Salto, Uruguay; 1878-1937) es un escritor que vivió en Montevideo, pero cuya vida y carrera literaria transcurrieron principalmente en la Argentina, donde se publicaron la mayoría de sus libros. Entre sus obras más conocidas se encuentran *Cuentos de amor de locura y de muerte*, *Cuentos de la selva*, *Anaconda* y *Los desterrados*. Ha escrito numerosas y célebres críticas periodísticas sobre el cine de su época.



Eje 2. La literatura latinoamericana y sus lenguas



Sección 6. Poesías bilingües. Palabras propias

Parte A

“Las mujeres y el viento”

De Liliana Ancalao

las mujeres y el viento

él siempre va a volver
me previno la griega
traduciendo la borra del café
y me hablaba de un hombre
yo pensaba en el viento

el viento siempre vuelve
pero esta ciudad no se acostumbra
anda
cada vez
desaforado por las calles
a brochazos de tierra
borrándonos los pasos

se nos vuelan los pájaros
los olores
la ropa
se desafina la casa
la memoria se astilla
y hay que poner la pava
preparar unos mates
y esperar
a que se vaya
en unos días
unas semanas
vaya a saber
con el cambio de luna

pu zomo engu kürüf

fey wiñolekey
pepikawenew chi griega
rulpalu chi kafe bora
pifuenew kiñe wentru mew
inche rakizuamfun ta chi kürüf mew

chi kürüf wiñokey
welu tüfa waria wimlay
miawi
fillke rupa
auka rüpwaria mew
kuyümkoron mew
ñamüntrekaneñ mew

chi pu ishüm
üpünüingün
chi pu nümün pu takun pinüfüingün
pepikawlay chi ruka
chi kim chillfuy
feymew
müley iñ tükuael chi pava
pepikaael kiñeke mate
üngümael ñi amun
kiñekeantü mew
regleantü
iiñey kimi!
kuyentrafkintu mew

como un tremendo viento
dicen que fue el malón
un torbellino en contra de los días
y eso que los antiguos eran duros
como rocas
firmes
ahí quedó su sangre
desparramada
me decías abuela
y tu recuerdo es el lago
al que me asomo
para sorber un trago

y aquí hasta la noche se ha opacado
el viento ruge
arrancando hasta las ganas de quedarse
seguro que las lomas quedaron peladitas
por ahí andará el ruego de ignacia quintulaf
porque su hijo no volvía
el humo de la yerba y el azúcar quemadas
subiendo apenas
un poco más que el taill
y es una pausa su voz

el viento siempre vuelve
quiere rendirnos a nosotras
probar nos las raíces
llevarse algunas
arrastradas
o girando
yo prefiero esas matas livianas
a estos huesos espesos
que reventarán contra el cemento

él siempre va a volver
pero no tenga miedo
agregaba
la griega
porque también se irá

reke kiñe llükafalkürüf
ngerkefuy chi malon
kiñe meulen traf chi pu antü
yafüngellele rume chi kuificheyem
reke pulil
newenküley rume
tüfeymew mülen ñi mollfüñ

püdüm
pifuen chuchu
ni kimngey chi laufken
iñche wefn ofülül kiñe ünu

faw chi pun rupa pürnagi
chi kürüf raraüi
kacharnentulu chi pu apill rupa
mülekañ
chi pu wingkul chafküleyngün
tüfeymew maiwi ignacia quintulaf ñi
ngillatun
wiñolalu am ñi piñeñ
yerwefitruñ
azukarfitruñ
pralu
zoy taüll
ürkütunantüngey ñi züngun

chi kürüf wiñokeley
küpa yerpueiñ küpa malüy iñ pu follil
yeney kiñeke zomo wingüdnentueyew engün
wallkiaweyew engün
iñche zoy ayün tüfey fanelay ke rütron
tüfa trongekeforo mew
pafialu traf cemento

fey wiñolekey
welu llükanienge
yom fey pifuy
chi griega
amualum fey

el viento amaina
y el planeta se pone transparente

éste es un olmo
y señala mi hermano
un tallo y unas hojas
alzándose del suelo
desafiantes
pienso que el viento nos trajo su semilla
desde el boulevard
y ¿ves? aquí hay otro

quiero decir
ricardo
tus hijos son tan claros
como estos olmos
pero tengo todavía
arena
en las coyunturas
y no hay palabras

quién sabe adónde
las estará sembrando
el viento

chi kürüf llochoy
chi nagmapu ailinkünuwi

kiñe olmo ta tüfa
ñi lamngen zichoy
kiñe foron kiñeketapül
ñümülu kintulu
rakizuamn ñi küpaliael
ñi fün boulevard mew chi kürüf
¿peymi? faw müley ka

iñche küpa pin
ricardo
ñi pu yall pelongeyngün
reke tüfa engün olmo
welu petu nien kuyüm
chi pu troi mew
ka mülelayngün züngun

iñey kimi chew nganküleeyew engün
chi kürüf

Liliana Ancalao, en *Mujeres a la intemperie/Pu zomo wekuntu mew*.
Buenos Aires: El suri porfiado, 2009.

Sobre esta autora

Liliana Ancalao Meli (Comodoro Rivadavia, Chubut, 1961) es una poeta mapuche-tehuelche perteneciente a la comunidad Ñamkulawen. Estudió Letras en la Universidad Nacional de la Patagonia. Fue docente y directora de una escuela pública. Escribe en español y luego se autotraduce al mapudungun (la lengua del pueblo mapuche).

Publicó el poemario en español *Tejido con lana cruda* y los poemarios bilingües *Mujeres a la intemperie/Pu zomo wekuntu mew* y *Rokiñ, provisiones para el viaje*. Participó, además, en diversas antologías de poetas mapuches y ha sido traducida a otros idiomas, como el inglés y el francés.



Parte B

“Kuntur”

De Sandro Rodríguez

Kuntur

waj sapa kaj
chay nanawan
ayqikullani paymanta
kawsarikuspa
tutata ankunkunapi
jap'in ch'inyaynita
laqhapitaj, llanthu kani
tukuy ima musquyniyanta

kunanpuni
tukuy runa kayta atiyman
wañuy kawsaspa munani
p'isqupi tajyakuyta

Kuntur

es otra soledad
la que me duele
de la que solo me escapo
transcurriendo
la noche en sus tendones
sostiene mi silencio
y en la oscuridad soy sombra
de todo lo que anhelo

justo hoy
que puedo ser todos los hombres
necesito desesperadamente

perseverar en pájaro

Sandro Rodríguez, en *Kunturi*. Villa Mercedes: Editorial Deacá, 2019.

Sobre este autor

Sandro Rodríguez (Salta, 1972) es un poeta y compositor diaguita calchaquí. Integró varios grupos de música folklórica. Es médico y docente de medicina antropológica en la Universidad Nacional de Córdoba y de educación intercultural en el profesorado del Instituto de Culturas Aborígenes de Córdoba. Hasta el momento publicó el poemario *Kunturi*, con textos en quechua y español.



Parte C

“Ñe’ẽñemi” y “Clase corta de guaraní”

De Dolo Trenzadora

Ñe’ẽñemi

“mba’e piko ndereñe’ẽñemi hina?”,
me preguntaban cuando decía
algo en voz baja,
en secreto.
En Quilmes el idioma
de la distancia
es el castellano:
cuando se dice más bien poco
se habla como si estuviera
presente un extraño.

Clase corta de guaraní

Kuarahy significa sol
y en la tradición de lxs hijxs del río
se le considera Dios

‘Ä, escrita de ese modo,
significa ausencia.

Kuarahy’ä significa cárcel,
la ausencia de sol / la sombra del sol.

Sombra a cielo abierto
sin obstáculos al sol
una ciudad abandonada
suciedad de un viejo dios: Kuarahy’ä

Dolo Trenzadora, en *Opë pohã ñana rykue/Se rompe el gualicho*.
Buenos Aires: Promesa Editorial (en prensa).

Sobre esta autora

Dolo Trenzadora (Quilmes, 1985) es el seudónimo de Alicia Aquino, una poeta nacida en Argentina, hija de paraguayos. Su crianza transcurrió en castellano y guaraní, lenguas que reivindica en la oralidad y en la escritura. Estudia Letras y publicó tres poemarios: *Enredadxs*, *Este libro no es un rehén* y *De raíz gritaré la frontera*. Actualmente está preparando su próximo libro de poesía *Opë pohã ñana rykue/Se rompe el gualicho*.



Sección 7. Palabras ajenas

“Aparato avisador”

De Claudia Ulloa Donoso



El cuento está disponible en [este enlace](#).

Glosario Términos en inglés

buck: ciervo; macho de algunos animales; corcovear, dar sacudidas.

chuck: arrojar, lanzar; vomitar.

cricket: (en castellano, críquet, sust. masc.): juego de bate y pelota de origen inglés, semejante al béisbol.

Don't cry: no llores.

Don't try: no intentes.

Excuse me: disculpe; perdone

fuck: tener sexo (en términos vulgares, ofensivos); imierda!

London bridge is falling down: canción infantil inglesa. Su traducción es “el puente de Londres se está cayendo”. Hace referencia a un emblemático puente que cruza el río Támesis y que sufrió varias destrucciones, la del siglo XI sería la que dio origen a la canción popular.

luck: suerte.

my fair lady: mi bella dama. Continuación de la canción “London bridge is falling down”.

puck: disco o pastilla de caucho que se usa en hockey sobre hielo. Los/as jugadores/as deben golpearlo con un palo para lograr introducirlo en el arco del equipo contrario.

puck as fuck: frase comparativa que remite a la semejanza en la pronunciación de las palabras “puck” y “fuck”: “puck [suena/se pronuncia] como fuck”.

Puck, fuck, suck, buck, chuck, ruck, luck: juego de palabras con sonidos y pronunciación semejantes.

random check: control aleatorio, azaroso.

ruck: arrugar, plegar; scrum (en rugby, reinicio del juego y disputa por la pelota).

suck: succionar, sorber, chupar; apestar.

Please follow me: por favor, sígame.

Try. Cry. Try: Intentar. Llorar. Intentar.

What is this?: ¿Qué es esto?

Sobre esta autora

Claudia Ulloa Donoso (Lima, 1979) es una escritora peruana que actualmente vive en el norte de Noruega. Trabaja allí como profesora de castellano y noruego para inmigrantes. Empezó a escribir a los 13 años y desde muy joven ganó varios concursos literarios. Su primera publicación fue el libro de cuentos *El pez que aprendió a caminar*. También publicó *Séptima madrugada*, *Pajarito* y *Yo maté a un perro en Rumania*.



Sección 8. Vivir y escribir entre lenguas

Mi tocaya

De Sandra Cisneros

¿Han visto a esta huerca? Deben haberla visto en los periódicos. O si no cuando trabajaba en el Father & Son's Taco Palace No. 2, en Nogalitos. Patricia Bernadette Benavidez, mi tocaya, trece años de edad.

No que fuera mi amiga ni nada de eso. Bueno, sí hablábamos. Pero eso era antes de que se muriera y luego regresara de entre los muertos. Te apuesto que lo leyeron o la miraron en la tele. Salió en los noticieros de todos los canales. Entrevistaron a cualquiera que la conociera. Hasta a la maestra de educación física que tuvo que decir cosas buenas —*Estaba llena de vida, una buena chica, muy dulce*. Tan dulce, considerando que era una zafada. Bueno ¿y por qué nadie me preguntó a mí?

Sabes, ese tipo de escuinclas siempre caen pesadas. Por ejemplo esta tocaya —se llama igual que yo, ¿verdá? Pero ¿tú crees que ella misma se nombraría la Pati o Patty o algo normal? No, tiene que ser diferente. Dice que se llama “Tri-ish”. También se inventó un acentito inglés muy muy, todo sexy y resbaloso como si fuera una Marilyn Monroe de allá de Inglaterra. Bien payasa. Te digo, ¿quién ha oído de una mexicana con un pinche acento de esos? ¿Me entiendes? Me caía sura la *girl*.

Miren, así es como la aguanté cuando la conocí, justo antes de que se largara. Se escapó de condenarse de por vida en esa taquería. Se cansó de llegar a casa con ese hedor a *crispy* tacos. Pues con razón se largó. A mí tampoco me gustaría apestar a *crispy* tacos.

¿HA VISTO A ESTA NIÑA? Patricia Bernadette Benavidez, 13 años de edad, desapareció desde el martes 11 de noviembre y su familia está muy preocupada por ella. Se cree que la niña, que es una alumna de la Our Lady of Sorrows High School, se escapó de su casa y la última vez que la vieron caminaba a la escuela en el área de Dolorosa y Soledad.

Qué gentes.

¿Y a mí qué diablos me importaba que la Benavidez se hubiera largado? No me hubiera agüitado. Si no fuera por Max Lucas Luna Luna, un estudiante que estaba por graduarse de la Holy Cross para varones, la escuela hermana de la nuestra. A veces hacían intercambios con nosotras. Como cuando invitaban a algunos de los muchachos de Holy Cross para que vinieran a Teología y algunas de nosotras de la Sorrows íbamos a su escuela

Siempre sale que Max Lucas Luna Luna vive al lado de la mocosa. Te digo, antes ni siquiera me había tomado la molestia de hablar con Patricia Benavidez, aunque estábamos en la misma sección de Introducción al Comercio. Pero un día llega a la cafetería cuando estaba esperando mis papas fritas y me dice:

Hey, tocaya, ¿sabes qué? Conozco a alguien que cree que eres sexy.

Ay tú, le digo, tratando de no hacerle caso. No quiero que nadie me vea hablando con la mosca.

¿Conoces a un chamaco de la Holy Cross que se llama Luna, el que vino al intercambio de Teología? ¿El chulo de cola de caballo?

¿Y qué?

Bueno, pues él y mi hermano Ralphie son camaradas, y él le dijo a Ralphie que no le dijera a nadie pero que cree que Patricia Chávez está bruta.

Mentirosa.

De verdad, por Diosito Santo. Si no me crees, nomás pregúntale a mi hermano Ralphie.

¡N'hombre! Esa chingadera bastó para que me volviera la mejor amiga de Trish Benavidez pa'toda la vida, te lo juro. Después de eso, *siempre* me fijaba de llegar temprano a la clase de Comercio. Casi siempre tenía algo que decirme y, si no, me fijaba de darle algo para que se lo diera a Max Lucas Luna Luna.

Así fue como esta Patricia Bernadette llegó a ser nuestra mensajera de amor por un rato, aunque yo y Max Lucas Luna Luna no habíamos pasado de la etapa de me gustas/¿te gusto?

Sabía que vivían ahí por el barrio de Montevista. Así que andaba en mi bicicleta pa'arriba y pa'abajo por las calles —Magnolia, Mulberry, Huisache, Mistletoe— preguntándome si iba caliente o fría.

A mí qué, verdad, me daba igual que se hubiera escapado. Pero la mera es que me quedó debiendo. Ya me había amolado antes pero 'ora sí que me jodió. Por lo menos *antes* tenía yo la esperanza de que me hiciera buena la promesa de arreglarme el ligue con Max Lucas Luna Luna. Pero justo cuando yo ya podía volver a pronunciar su nombre sin escupir, se le mete en la cabeza morir. Unos niños estaban jugando en la cuneta del desagüe y encuentran un cuerpo y sí, es ella. Cuando las cámaras de televisión llegan a nuestra escuela, allá van todas las dramáticas que se creen la gran caca chillando lágrimas de verdad, hasta las que ni la conocían. Pa'qué te cuento.

Bueno, después de todo este borlote me dio lástima la cabrona ya que estaba muerta, ¿verdad? Digo, ya que se me había pasado el berrinche, sabes. Hasta que se levantó de entre los muertos tres días después.

Ya que habían enseñado a su 'amá en la tele llorando con un pañuelo arrugado y a su 'apá diciendo: "Era mi princesita", y después de que las alumnas nos tuvimos que gastar el dinero que juntamos pa'l viaje a Padre Island pa'que se comprara un ramo de gladiolas blancas. Aparece en la delegación de policía del centro y dice: Que no estoy difunta.

¿Tú crees? Y eso que sus papas habían identificado el cuerpo en la morgue y todo. "Creo que estábamos demasiado afligidos para examinar el cuerpo como es debido". ¡Ja!

A fin de cuentas nunca llegué a conocer a Max Lucas Luna Luna y qué, ¿verdad? Lo único que estoy diciendo es que ni siquiera podía morirse bien la hocicona. Pero ¿de quién es la carota famosa que está en la primera plana del *San Antonio Light*, del *San Antonio Express News* y del *Southside Reporter*? Ni te cuento, *girl*.

Sandra Cisneros, en *El arroyo de la Llorona y otros cuentos*.
Nueva York: Turtleback Books, 1996.
Texto adaptado con fines didácticos.

Sobre esta autora

Sandra Cisneros (Chicago, 1954) es una escritora estadounidense de familia mexicana. Ha estudiado escritura creativa y ha sido profesora de literatura en secundaria. Es una de las autoras más relevantes de lo que se denomina “literatura de frontera” o “literatura chicana”. Ha escrito numerosas obras entre las que se encuentran *La casa en la calle Mango*, *Caramelo* y *Una casa propia: historia de mi vida*.



